



ESPECIAL JÓVENES



LOS TRES COLADORES

Parroquia Ntra. Sra. Reina del Cielo – N° 1, 13 de octubre de 2013

En cierta ocasión, un hombre se acercó a Sócrates y le dijo:

-Tengo que contarte algo muy serio de un amigo tuyo. Sócrates le miró profundamente y le preguntó:

-¿Ya pasaste lo que me quieres contar por la prueba de **LOS TRES COLADORES?**

-¿Qué prueba es esa? -le dijo desconcertado el hombre.

-Sí no lo sabes, escúchame bien. El primero de los tres es **EL COLADOR DE LA VERDAD**. ¿Estás completamente seguro de que es cierto lo que me quieres contar?

-En realidad, seguro, seguro, no. Creo que es cierto porque lo escuché de un hombre muy serio, que no acostumbra a decir mentiras.

-Si eso es así, con toda seguridad que no lo pasaste por el segundo colador.

Se trata **DEL COLADOR DE LA BONDAD**. El hombre se sonrojó y respondió con timidez:

-Ciertamente que no. Sócrates lo miró y siguió diciéndole:

-Aunque hubieras pasado lo que quieres decirme por estos dos primeros coladores, todavía te faltaría el tercero, **EL DE LA UTILIDAD**. ¿Estás seguro que me va a ser realmente útil lo que quieres contarme?

-¿Util? En verdad, no.

-¿Ves? -le dijo Sócrates-, si lo que me quieres contar no sabes con certeza **si es verdadero, y ciertamente no es ni bueno ni provechoso, prefiero que no me lo digas y lo guardes sólo para ti.**

La sugerencia es que intentemos contar lo positivo de los demás para que se sientan aceptados, valorados, respetados. Palabras que animan, que siembran confianza, que estimulan corazones. La palabra puede herir o animar, desanimar o entusiasmar, ser látigo o caricia. Combate las ideas preconcebidas, borra los prejuicios, limpia las mentes. **NO JUZGUES A LOS DEMÁS SI NO QUIERES SER JUZGADO.**

Es necesario y de justicia devolverle a la palabra su valor, para que sea expresión de vida y compromiso positivo. Evita, por favor, te lo rogamus, toda palabra que hiera, combate con tenacidad, la ofensa y el chisme. **Es muy difícil sanar un alma herida por el maltrato o reparar el buen nombre y la fama pisoteados por mentiras y calumnias.**

Había una vez un joven que tenía muy mal carácter y perdía la paciencia muy fácilmente, encolerizándose e hiriendo a la otra persona con expresiones y gestos que dolían. Un día, su padre le regaló una bolsa de clavos y le dijo que, cada vez que perdiera la paciencia, clavara uno de ellos detrás de la puerta.



El primer día, el muchacho clavó 37 clavos y un número parecido los días siguientes. Poco a poco, a medida que pasaban las semanas, el joven fue aprendiendo a controlar su carácter, pues se convenció que era más fácil dominar su mal genio y agresividad que seguir clavando clavos detrás de la puerta.

Llegó por fin el día en que no se puso colérico ni una sola vez con lo que ese día no tuvo que clavar ningún clavo detrás de la puerta. Cuando se lo contó feliz a su padre, este le sugirió que, en adelante, cada día que lograra controlarse por completo, arrancara uno de los clavos que había colocado en los días anteriores detrás de la puerta.

Fueron pasando los días y el joven pudo finalmente anunciarle a su padre que ya no quedaban clavos por retirar de la puerta. Su padre, lo llevó hasta la puerta y le dijo:

-Te has esforzado muy duro, hijo mío, por controlar tu mal carácter. Te felicito. Pero mira todos esos huecos en la puerta. Ya nunca más será la misma. Cada vez que pierdes la paciencia y tratas a alguien con enojo e injustamente, dejas cicatrices en su alma, exactamente como las que ves en la puerta. **Es verdad que puedes ofender a alguien y luego retirar lo dicho y hasta pedirle disculpas, pero la cicatriz queda en el alma.**

Cuentan que una persona muy chismosa, acudió un día a confesarse con San Felipe Neri. Después de escuchar con mucha atención a esta persona y averiguar que solía reincidir en dicha falta aunque habitualmente se confesaba de ello, el sabio confesor le dijo al ponerle la penitencia:

-Ve -Ve a tu casa, mata una gallina y me la traes desplumándola por el camino; obedeció y, al rato, se presentó ante el sacerdote con la gallina desplumada.

-Ahora, regresa por el camino que viniste, recoge una por una las plumas de la gallina y las vuelves a colocar en su lugar.

-¡Eso es imposible, padre! Nadie podría hacer eso, y mucho menos hoy, que hace tanto viento!

-Lo sé -le dijo el sacerdote con dulzura-, pero he querido hacerte comprender que si no puedes recoger las plumas de una gallina desparramadas por el viento, ¿cómo vas a poder reparar las cosas negativas que vas diciendo por allí de tu prójimo? (Nuevas parábolas para educar valores, Antonio Pérez Esclarín)